

LA ESCUELA DEL MAÑANA *

Émile Durkheim

Honorable y estimado colega:

Me apresuro a responder la pregunta que me habéis hecho el honor de plantearme: ¿cómo debe ser la escuela del mañana?

Antes de intentar aventurar el futuro, consideremos un poco el pasado. Por lo demás, es solamente a partir del pasado que el futuro puede ser conjeturado.

Sí hay algo indiscutible, es que, después de la guerra, Francia se halló ante la opinión mundial en una situación moral incomparable. Todos los pueblos, incluyendo a la misma Alemania, rinden homenaje a las virtudes de las cuales ha dado prueba, al heroísmo de sus tropas, a la resistencia digna y calmada con la cual el país soportó las espantosas calamidades de una guerra sin precedentes en la historia. ¿Qué podremos decir, sino que nuestros métodos educativos produjeron el principal efecto que podíamos esperar? Los niños que le fueron confiados, la escuela los hizo hombres. Naturalmente, nuestra escuela pública es la principal responsable de estos resultados, dado que sus alumnos representan la mayor parte de la población escolar. Se puede concluir entonces con toda seguridad, que ella ha desempeñado bien su tarea. En ningún caso sería cuestión de renunciar a los principios sobre los cuales reposa su enseñanza, pues la guerra ha probado lo que valen. He aquí un hecho que está por encima de toda discusión y que debería poner fin a ciertas controversias.

Pero es claro que de la guerra se desprenden enseñanzas que debemos tener en cuenta. Sí podemos estar satisfechos de nuestra obra, todavía hay lugar para continuarla y mejorarla. La terrible experiencia que hemos alcanzado después de cerca de diecisiete meses, nos indica los puntos hacia los cuales deberá dirigirse nuestro esfuerzo.

Si Francia, que en las vísperas mismas de la guerra llevaba una vida pública caótica y mediocre, ha tenido este arranque de heroísmo que el mundo admira, es evidente que dentro de sí porta fuerzas insospechadas que dormitan por falta de un objeto definido al cual puedan aplicarse eficazmente. Desde que el país está en peligro, un fin común se encuentra en todas las voluntades, que en lugar de continuar oponiéndose y paralizándose mutuamente, convergen, y por la concurrencia de su acción, promueven grandes cosas.

El renacimiento milagroso del cual hemos hablado, se reduce a un fenómeno psicológico muy simple que hace parte de nuestro honor y crea grandes esperanzas: aquel que testimonia nuestra vitalidad y muestra todo lo que podemos hacer cuando vemos claramente lo que hay que hacer. Si no deseamos volver a caer en los errores del pasado, se requiere, no sólo en tiempos de crisis, sino en forma normal y constante, que todas las voluntades se orienten hacia un mismo fin, que sea superior a todos los símbolos confesionales y a todas las fórmulas de partido. Y este objetivo no es difícil de

* Carta enviada al editor del *Manuel général de L'Instruction primaire* (Journal hebdomadaire des instituteurs et des institutrices). Publicada el 8 de enero de 1916 (vol. 83, No. 17, pp. 217-218).

descubrir. *Es la grandeza moral de Francia*. En estas pocas palabras todo está implicado, tanto nuestros deberes hacia la patria como nuestros deberes hacia la humanidad.

Es alrededor de esta idea que deberá gravitar toda nuestra enseñanza. Despertar el sentimiento correspondiente, enraizarlo en nuestros corazones, desarrollarlo en cuanto sea posible, debe ser la tarea principal de la escuela. Ciertamente es que nada se ha hecho en este sentido. Nuestra enseñanza moral es sana, como lo prueba la experiencia, pero es dispersa. Es necesario que toda ella se concentre en la mira de un objetivo único y bien determinado. Se requiere que obtenga un mayor acento con el fin de que actúe con fuerza. Los recuerdos dejados por la terrible prueba que atravesamos nos proporcionan fácilmente los medios.

Además de que este sentimiento, una vez fijado en las conciencias tiene como resultado unificar la acción, será para las voluntades un poderoso estimulante. Nuestra actividad individual y nacional tendrá, después de algún tiempo, un aspecto de languidez. Nos limitaremos a vivir dulcemente, sin preocupaciones; retrocederemos ante las empresas de largo aliento que transcurren sin riesgo y sin esfuerzo. Ahora bien, un gran pueblo debe tener ambiciones que estén en relación con las fuerzas morales que hay dentro de él. Es necesario que exista la ambición de hacer una obra que dure, dejar su marca en la historia. Una personalidad fuerte no puede afirmarse por los actos que la expresan. Si hay algo morboso en la pasión de Alemania por lo colosal, un gusto excesivo por la mediocridad no es digno de una gran nación. Es necesario entonces que las voluntades particulares se unan a un gran ideal que las saque de su natural pereza, que las invite continuamente a superarse. ¿Y aquello de lo cual venimos hablando no sería lo más adecuado para ejercer esta acción?

Pero hay otra y más grave laguna que la guerra ha revelado en nuestra formación moral.

Los sucesos han probado que nuestro ánimo, nuestro natural buen humor, no excluía el espíritu de sacrificio y de abnegación; se ha visto que Francia sabe soportar y desafiarlo todo por una gran causa, es toda desafío y sufrimiento. Pero hay que reconocer que no teníamos, en el mismo grado, el espíritu de disciplina. No sabíamos, como nuestros enemigos, regular nuestros movimientos ante el movimiento de los demás, reaccionar en conjunto, plegarnos a la ley común. Somos muy dados a seguir nuestro propio sentir. Es cierto que no se trata de pedir prestado a Alemania la disciplina masiva y automática que ella practica y que supone, en aquellos que somete, una pasividad de la que nosotros somos incapaces. Sin embargo el *respeto a la regla* es la condición de toda acción común.

Ahora bien, no hay duda que este sentimiento es débil entre nosotros. La idea misma de autoridad moral —la base de toda disciplina sólida— ha sido criticada severamente. Uno de nuestros mejores educadores, una de las almas más nobles de estos tiempos, declaraba hace algunos años que la no-noción de autoridad, de obligación, de regla que se respeta porque ordena, es arcaica y contradice los principios mismos de la democracia. Y en efecto, como la democracia tiene principalmente por objeto despertar y desarrollar el sentido de la autonomía personal, y como autonomía y autoridad pasan —¡que error!— por ser cosas que se excluyen, parece natural que la democracia implique y determine un debilitamiento del sentimiento de autoridad. Con esto se produce un relajamiento de la disciplina tanto en la escuela como en la sociedad.

Será necesario que la escuela del mañana vuelva sobre este grave error. Habrá que despertar el respeto por la autoridad legítima, es decir, por la autoridad moral; inculcar al niño la religión de la regla, hacerle aprender la felicidad de obrar, de concertar con el otro siguiendo una ley impersonal, común a todos. Al asegurar la disciplina molesta, maquina, que estaba en otro tiempo en uso y no podía ser condenada, ella iba contra su objetivo, provocando con sus exigencias poco razonables el espíritu de resistencia y de rebelión. Es necesario, por el contrario, que la disciplina escolar parezca a los niños como una cosa buena y santa, como condición de su felicidad y de su salud moral. Y así, cuando se hagan hombres, aceptarán espontáneamente y con conocimiento de causa, la disciplina social que no puede debilitarse sin peligro de la colectividad.

Como usted ve, las reformas que prepongo son sobre todo perfeccionamientos —importantes, creo yo— de la obra cumplida. En ningún caso, se trata de una revolución

Traducciones de
Inés E. Castaño
Y
Gonzalo Cataño

